

CAPITULO 24

Scherzando

Aquella mañana, el viento mugía como si estuviese herido y una seguidilla de truenos y relámpagos, completaban la escena del adiós. Javier Alcántara escuchaba el guirigay, metido bajo el alero de la cabaña. ¿Olvidar a quien había compartido meses con él? ¿No volver a sentir nunca más sus pasos, ni oírla cantar, ni observarla dedicada a las faenas de la cabaña? Le seducía verla dormida, abrazada a la almohada rellena de plumas de pato, que no era el amante.

Alondra acostumbraba a leer, después de cenar, alguna de las novelas o poesía que Javier compraba en Carahue. Menos aún, él sentiría su proximidad o, escucharía su risa o las ocasiones que se ponía a cantar. Ahora, volvía la antigua soledad, desde cuando él llegó a vivir ahí. Porfiada soledad que se había impuesto, sin preguntar a nadie, pero se hacía astillas al aparecer Alondra.

Ahora, Choque, Tintín y las aves del corral se convertían a partir de ese momento, en su obligada compañía. También la lluvia, el viento, el murmullo del río Imperial; el paso silencioso de los patos silvestres, la aparición de un puma hambriento; y

de tarde en tarde, la presencia de quien concurría a su cabaña a comprar artesanías.

En un momento quiso implorar a Alondra que no se marchara. Intuía, que para siempre. “Empiezas a ser parte de mi vida”, le había dicho el día anterior. Ella lo cogía de las manos, sin atreverse a pronunciar palabra. ¿Constituía traición alejarse de quien la había salvado?

Sin embargo, el amor es tornadizo, el más tornadizo de los sentimientos; el único sin principios, reglas establecidas o conocidas, donde menudean las traiciones, los engaños y escasean las lealtades. Ni siquiera la lealtad de los amantes. Si ella había decidido marcharse, él no podía impedirlo.

El día que vio a Alondra ataviada con uno de los vestidos que le había obsequiado, y al cuello puesto una pañoleta floreada, dedujo que lo iba a abandonar. Ella, ocasional pasajera, que llegaba a través del río Imperial, no pertenecía a ese ámbito de quietud. ¿Retenerla a costa de herir su intimidad? ¿Encarcelar su espíritu? Se convertía en necesidad, volver a soñar con ondina.

“¿Hacia dónde Alondra nos empuja este torbellino? Aseguras ver cómo amanece; cómo el crepúsculo invade tus entrañas. Nos fundimos en nuestra aparente zozobra. Se han abierto los caminos de la entrega, tus muslos que se bifurcan

hacia tus pies alados, senderos del deleite transitar”.

“Tu gemir me produce éxtasis, ansias locas y me atrevo a más. Ahora te palpo donde cualquiera no se arriesga, mientras tus gemidos inundan la alcoba. ¿Recuerdas cuando te curé el tobillo y cogiste mi mano? Este amar apetecido nos sume en nostalgias, nuevas promesas y encuentros de amor. ¿Regresarás a cobijarte en el hogar de la dicha, a tenderte en la alfombra del deseo? No quisiera pronunciar palabras de adiós, porque él hasta siempre se anida en el recuerdo”.

“¿Ha finalizado nuestra búsqueda en la noche que deslumbra? ¿He sabido descifrar tus intimidades, advertir el frenesí de tu ansia, el mensaje escrito en tu cautiva piel? Permaneces en silencio, y sé apreciarlo, aunque sonrías mientras cubres de pudor la desnudez de tus pechos. ¿Acaso he ofendido tu inocencia, amada eterna?”

“Gota a gota al compás de la lluvia he recorrido tus atajos, meandros y aún ignoro, si he logrado desentrañar tus secretos. Quizá nunca tu intimidad concluya de sorprenderme. Así, una y otra vez desee transitar la geografía de tu cuerpo, visitado por la rosa de los vientos”.

“¿Cómo olvidar Alondra, esta noche de amor que bien pudo ser y no fue? No me atreví. Si debo esperar, lo haré. A esta edad donde somos olvidados nada se nos obsequia. Me

hago ilusiones, estúpidas ilusiones, porque de lo contrario, me encerraría en la cabaña a aguardar la muerte”.

Javier debía volver a la odiosa rutina; a salir a pescar al meandro y cuando estuviese allí, volver a sentir su presencia, cuando la veía lavar la ropa junto al río. Escucharla cantar, mientras ordeñaba a Choque o encontrarla en el invernadero, dedicada a cuidar las hortalizas. Él como respuesta a la nueva realidad, debería seguir tallando estribos, fuentes y utensilios de cocina. Recordar disueltos recuerdos de tanto recordar. ¿Nostalgias? ¿Le abrumaba el pasado?

Sombras que deja el día. Las hay de distinta naturaleza, pues difieren unas de otras. Si es de mujer acostumbrada a pasear por la avenida, es sinuosa, esbelta, donde parece ser perpetuo el movimiento. La cadencia que invita al éxtasis. Si es de un edificio, se recuesta a lo largo de la calle y semeja dormir.

A nadie perturba su sueño. De tratarse del poste del alumbrado, su sombra se extiende junto a la acera, como si fuese un camino. En cambio, la sombra de un liquidámbar arroja quietud, la sensación de ser refugio al caminante si llueve o si el sol abruma.

A ellos arrimarse mientras su sombra se precisa, constituye un remanso de placidez, la amistad deseada. Quién

no busca su protección, ignora la ternura de su compañía. En cierta oportunidad vi a funcionarios municipales, dedicados a podar los liquidámbares de la avenida Independencia de mi ciudad.

Arrojaban al suelo las ramas taladas y sin siquiera sentir la mínima misericordia, las destrozaban con machetes y después las arrojaban a la tolva de un camión. Metían las hojas a un saco de yute e igual iban a dar a la tolva.

Yo miraba esa escena destructiva, la impiedad en tratar a los liquidámbares como basura y sentí ganas de impedir aquella faena. En ese instante se acercó un mendigo, a quien encuentro a menudo en la avenida y me solicitó una limosna. En su mirada encontré sombras vinculadas a la miseria. Yo no dudé en poner en la palma de su apesadumbrada y curtida mano, una hoja de liquidámbar.